

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

MADRID, 11 DE FEBRERO DE 1934

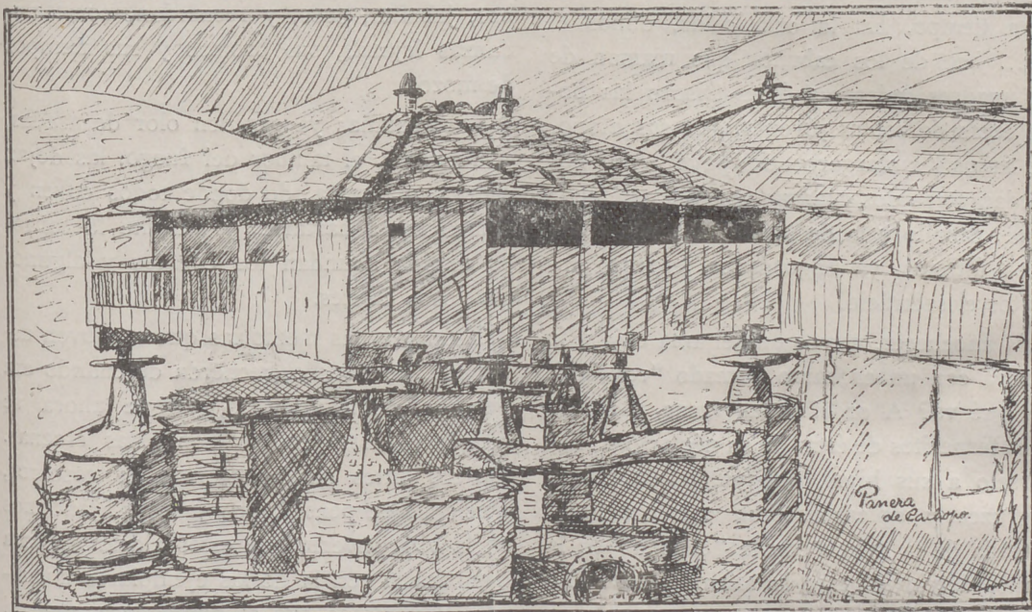
NÚMERO 6

EL INVIERNO EN UNA ALDEA ASTURIANA

El blanco manto ya cubre los campos. Los montes, así pintados, semejan gigantes montañas de nieve, que se suceden allá a lo lejos como espinazos blancos de animales antiguos.

lumnas de negro humo, denotando un lugar de refugio.

Una vez en la plaza del pueblo, caminamos por una senda abierta entre la nieve, para llegar a la casa. Esta senda la hacen



PANERA ASTURIANA (Dibujo de Otto Fliedner)

Debajo de la nieve la naturaleza vive protegida por el extraño calor que este manto la presta.

Si contemplamos el horizonte, vemos que todo duerme, que todo se ha hecho blanco. Menos en la aldea, en la que, através de los tejados niveos de sus casas, ascienden co-

con palas el padre de familia o uno de los hermanos mayores para que los pequeños puedan ir a la escuela.

Al llegar a la casa, la primera habitación que visitamos es la cocina, donde nos espera el agradable fuego.

Las cocinas de la aldea son generalmente

una sala amplia y negruzca. Negro, porque con frecuencia el humo de la lumbre las invade. En el centro de la sala está la hornilla, que es como un brasero de piedra grande y bajo, que, en parte, le rodean largos y sólidos bancos de respaldo fijos al suelo. Del techo, y en dirección del fuego, pende una cadena, que en el extremo inferior termina en gancho (y el nombre de esta cadena es "gomayeras"), la cual sirve para suspender el pote (1) a la lumbre, en donde se cuece el potaje.

Pasemos por alto la visita a algunos departamentos de la casa, y acompañadme vosotros, los que leéis esto, en esta visita que hacemos al establo. En una celda vemos rumiarse a las vacas el heno u otros alimentos, que los amos almacenaron en el buen tiempo. En la otra celda, oímos el bec... bec de los cabritos que maman de sus madres, mientras éstas triscan las hojas secas de robles jóvenes, que sus afanosos amos les alargaron del pajar. Aún nos quedan otras dos cuadras por ver, que son: la del caballo y la de los cerdos, en la que éstos últimos, ya engordados, esperan incautos el sacrificio.

Al anochecer, vemos que el ama baja a la cuadra con un cacharro llamado "canaá". ¿A qué va? A ordeñar las vacas, a privar a los terneros de éstas de su néctar para llevárselo a sus hijos, que ya, en la cocina negruzca y típica, esperan con anhelo la entrada de la mamá con la "canada" en la mano, donde les trae la sabrosa leche. Ya cenó la familia, y cada uno va posando su escudilla al tiempo que llegan algunos de los vecinos más cercanos. Un chiquillo trae astillas y palos de los muchos que en la leñera habían amontonado. Con esta leña avivan el fuego, y en seguida vemos suspendido de las "gomayeras" un tambor con mu-

chas castañas dentro. A medida que el fuego calienta, y al compás del ruido trr... trr..... trr..., que origina el tambor cuando le hacen dar vueltas, estallan las castañas como si fueran los cohetes que disparan en aquellas asturianas romerías.

También tienen su almacén de castañas bastante considerable y otro de trigo, de maíz, de patatas, de avellanas, etc., etc., y este depósito, general y aislado, se llama "orrio" o "panera".

Bien, pues ya seguimos sentados en aquellos vetustos bancos, oyendo el trr... trr... trr... del tambor donde se asan las castañas en la animada fogata. Los niños, recostados sobre el regazo de la mamá, escuchan con gran contento los cuentos que su abuelo y los ancianos del lugar cuentan de lobos, jabalíes, osos, y recuerdan, como andanzas lejanas, sus bromas y sus tiempos de mozos.

Las castañas ya expiden olor de asadas, y, retirando el tambor del fuego, las dejan caer a una cesta, de donde todos cogen y comen hasta hartarse, y durante la sabrosa comida abundan los cuentos y algunos graciosos chistes.

Estas son las memorias que un joven asturiano, de Besullo, recuerda de cuando era pequeño como vosotros, y que ahora se complace distrayéndoos con estas escenas.

Pero antes de despedirme de vosotros, quisiera que pensáramos juntos, fijándonos en la vida invernal de estos aldeanos, para compararla con la de las ejemplares hormigas. Y veremos que es homogénea, pues si las hormigas se afanan en el buen tiempo, aprovisionándose para el invierno, también estas gentes se afanan en el buen tiempo para tener en sus "paneras" y "orrios" provisión de lo necesario para la vida en el invierno. ¿Verdad que no hay mucha exageración en esta comparación?

TEODORO.

(1) Vasija de forma cilíndrica, con tres pies, una tapadera y asa.

M I S C H K A

Continuación

Al anoecer se reúnen grandes y pequeños alrededor de la lumbre. Los pajaritos, dormidos, se asustan y sacan sus cabecitas de entre las plumas y escuchan.

¿Qué tonos dulces se oyen através de la espesura del follaje? Allá abajo un violín canta y solloza con su música hechicera. Un joven gitano apoyado en el tronco de un roble, despierta con su arte magistral de tocar el violín los sentimientos llenos de un ansia vaga. A la luz plateada de la luna bailan las parejas alrededor de la lumbre casi apagada.

¿Sabes bailar estas muchachas morenas! Con gracia cogen sus pobres faldas harapientas y dan vueltas vertiginosas, y sus rizos oscuros vuelan delante de sus caras encendidas. La luna tranquilamente contempla todo, y su luz hace resplandecer los pañuelos colorados y las cintas multicolores.

La pequeña Mischka es la bailarina mejor y la más loca. Los piecitos desnudos apenas tocan el suelo, sus mejillas están encendidas, y los ojos, negros como la noche, centellean en la oscuridad. Olé, ¿quién la va a imitar? Ninguna sabe bailar como ella, ninguna trae tantas perras de limosna como ella.

Pero verdad también que ninguna otra está tan llena de picardía y tonterías. Siempre tiene que enredar en algo, cosas que otros no piensan ni siquiera. Siempre es ella la que produce sobresaltos a la gente de su tribu o a los demás. Increíbles ocurrencias tiene esta esbelta Mischka con sus doce años. Hoy también desaparece entre los negros árboles para ejecutar un nuevo plan suyo. Disimuladamente ha desatado la cadena del oso y ha dado una patada con su pie desnudo en su espesa piel, y ahora se levanta Trol torpemente. El la sigue suavemente por debajo de los árboles hasta la

carretera, sin que los otros se hayan dado cuenta; porque la música del violín suena más fuerte que el rumorear de las hojas secas.

Mischka quiere asustar en la soledad de la carretera a inocentes caminantes y ciclistas; porque nadie quisiera encontrarse enfrente de un oso en caminata nocturna.

Y ahora el paciente Trol está en medio de la calle y levanta su hocico olfateando. Al lado, en la cuenta, se había acurrucado la niña. Mira, una curiosa liebre cruzando la carretera, y da un salto de espanto al ver al enemigo poderoso.

Pero ahora se acerca un hombre—un ciclista—. Sin pensar en nada viene con su farol, que luce poco, hasta muy cerca de la fiera; se queda perplejo y se vuelve atrás. Rápidamente se aleja, creyéndose perseguido del terrible animal.

Mischka se ríe enseñando sus dientes blancos. Si de veras viene la policía, pues ya estarán ellos muy lejos: la gente morena, los carros y el viejo Trol.

Todavía está mirando ella detrás del que huye, cuando desde la vuelta del bosque se oye un rujido cada vez más fuerte y más cercano. Una ancha columna de luz ilumina el camino de repente y en medio de ella está el oso, y mira, completamente cegado, a los focos de luz del monstruo, que se acerca con una velocidad vertiginosa. Mischka tira de la cadena locamente, pero en vano. El animal, cegado y asustado, no se mueve.

Pero Trol no debe morir así, es el orgullo y el tesoro más precioso de los gitanos. Para salvarle, Mischka se precipita hacia el oso, le empuja de tal manera, que salta torpemente al lado; está en salvo. Pero al mismo momento, se oye un grito desgarrador; después, un silencio y una oscuridad profunda.

Después de frenar rápidamente, el auto

ha dado media vuelta. En la luz potente de los focos, los árboles aparecen como bastidores; pero en medio de la claridad se ve la figura inerte de una niña, que yace sin sentido. Un caballero ha descendido del auto y se inclina sobre ella. Cuidadosamente deja reposar la cabecita de la criatura encima de sus rodillas y procura restañar la sangre que corre de la frente.

“¿Una niña por la noche en el bosque oscuro? ¿No había por aquí hace un momento un oso, en el mismo sitio donde está ahora la pequeña? ¡Ah, ya me lo he figurado: es una gitanilla, ya no estará lejos la demás tribu! ¿Pero dónde quedó el animal?”

Se levantó y llamó fuerte. Ya acudieron entre los árboles las figuras aventureras de los gitanos. Habían oído el grito de dolor y habían notado la falta del oso. Ahora la voz del hombre los llamó al sitio del accidente.

—Ha pasada una desgracia. Había un oso en medio de la calle, y mientras que yo frenaba, la aleta cogió a la niña y la tiró al suelo. Soy médico; cuidaré a la niña, aunque ella es culpable del accidente.

Los gitanos gesticulaban y hablaban excitados. Una mujer se lanzó entre ellos y echándose sobre la niña, gritaba:

—Ay, Mischka, mi Mischka, está muerta, muerta.

Era la madre de la niña, que se había escapado. Zdenko y Alexei estaban confusos mirando al grupo, pero el médico, retirándola bruscamente, dijo:

—La pequeña no está muerta; pero su pieccecito ha sido alcanzado: está triturado y malamente fracturado. Soy médico y procuraré salvar el miembro malherido. Me llevaré la niña y la recogeré en mi sanatorio. La madre se revolvió desesperada:

—Yo no dejar mi niña; yo llevármela y curarla; yo conocer hierbas y pociones; yo sé cuidarla.

—No puede ser, señora, si sólo se trata de la herida de la cabeza, a lo mejor lo podríais arreglar; pero fíjese en el pieccecito deshecho y en el brazo roto.

La pobre criatura me da pena, será un asunto difícil y de larga duración remediar el daño; pero procuraré hacerlo con la ayuda de Dios. Cuando volváis en la primavera, os la podréis llevar.

Con gran esmero había enderezado el pieccecito herido, rodeándole con algodón en rama y gasas. Después tomó en tratamiento el brazo roto.

Los gitanos habían observado su actividad atónitos. En seguida se dispersaron para buscar el oso. Este no había llegado muy lejos, pues su ancha pata había pisado la cadena que arrastraba. El tirón, muy doloroso del anillo de la nariz, contenía sus ansias de libertad.

Triste y desanimado miraba a los hombres que se acercaban, dejándose prender sin resistencia. Adiós sueño de dulce libertad, de coger zarzamoras y comer sabrosas liebres. ¡Si estaba destinada la triste suerte de esclavos al buen Trol! Después de muchos remilgos, gritos y lloros la madre por fin había aceptado lo irremediable. El auto marchaba lentamente a la ciudad distante.

(Concluirá)

LA ENVIDIA

Es la envidia como el viento;
que azota lo que está alto;
como el viento es invisible,
y como el viento hace daño.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.